

La cultura cataluño-aragonesa, en contacto incesante con Europa y con la España árabe-judía, contribuye eficazmente al desarrollo de la escolástica cristiana y culmina en su original Raimundo Lulio, que forma una escuela importante, absorbida más tarde por el tomismo. El pensamiento filosófico cataluño aragonés declina con la hegemonía política y literaria de Castilla.

La cultura castellana es esencialmente literaria y forja el idioma de la España moderna. Sus escritores morales, generalmente compiladores y traductores, carecen de interés filosófico y sólo representan un género didáctico dentro de la literatura. La historia y el derecho tienen ilustre representación. Su escolástica refleja, con algún atraso, el primer período de la europea.

La edad media española ciérrase con la supremacía de Castilla. Su cultura tórnase de más en más literaria, hasta el maravilloso «siglo de oro»; su teología se aferra más y más al dogmatismo católico. La monarquía teocrática, que culmina en Felipe II, proscribe toda especulación peligrosa y España queda ajena al Renacimiento científico y filosófico, según veremos en la próxima conferencia.

La cultura filosófica en la España teocrática

I. La España teocrática.—II. La tercera escolástica ó escolástica católica.—III. Tentativas renacentistas; erasmismo, reformismo y humanismo.—IV. El crepúsculo de la mentalidad española.—V. Sinopsis.

I.—LA ESPAÑA TEOCRÁTICA

Una fatalidad siniestra ensombrece la cultura castellana desde el advenimiento de los Reyes Católicos; la unidad del reino aparece minada por hondas causas de subversión en todos los órdenes de la vida política, económica é intelectual. Esa unidad fué siempre ilusoria; antes del matrimonio de Fernando é Isabel existían en la península cuarenta señoríos feudales, más ó menos independientes: habían derramado más sangre luchando entre sí, que en expulsar la civilización árabe. La ignorancia y la pobreza ciérense desde el comienzo sobre la nación nueva, en la medida misma en que se exalta el sentimiento nacionalista, esencialmente dinástico y teocrático. La gloria fué el substitutivo del pan y la fe reemplazó á todo afán de cultura científica (1). El alma castellana soñó con el imperio universal en servicio de Roma; restringió la cultura filosófica á una teología en latín de los

(1) La evidencia de este hecho se tiene leyendo «La Ciencia Española», en que el ilustre *D. Marcelino Menéndez y Pelayo* se propuso demostrar lo contrario.

tiempos bajos y tuvo dos ideales predominantes: poner un candado en cada boca herética y plantar un laurel sobre la paja de cada trigal.

Los siglos xvi y xvii tienen una gloria imprecadera: el «siglo de oro» literario. Castilla dió á España el alma misma de la nueva nacionalidad: el idioma, sobrepuesto á los otros dialectos peninsulares y pronto encumbrado en maravilloso perfeccionamiento. Pero este beneficio—nos dice la historia—no fué obra de la dinastía ni de la iglesia. El renacimiento literario, ya iniciado con la italianización del siglo xiv, culminante en Boscán, continuóse bajo esa misma influencia, hasta el reinado de Carlos V. En tiempo de los Reyes Católicos el clero y la dinastía—católicos antes que españoles—no omitieron esfuerzo por reemplazar el latín al castellano; en la corte de Isabel se desarrolló una manía epidémica de aprender el latín y traducir autores latinos; en las historias de la literatura española se leen los nombres de doctos varones que proclamaban la incapacidad del castellano para expresar altas y galanas ideas.

A pesar de esos obstáculos, el Renacimiento literario en España fué magnífico. No hubo, empero, Renacimiento científico y filosófico: la dinastía teocrática confió á la Inquisición el mandato de obstarlo. Es notoria la eficacia con que

ella cumplió su tarea; no incurramos en la vulgaridad de repetirlo.

Las primeras prensas alemanas entraron á España á fines del siglo xv; en Valencia, Barcelona, Zaragoza, primero, y después en Salamanca, Toledo, Zamora, etc., salieron de ellas los escritos que permitió la previa censura religiosa. Ella era tan intransigente en religión como tolerante en moral; las más obscenas literaturas obtenían la licencia negada á cualquier leve discrepancia con el dogma. Los «Indices Expurgatorios» impidieron que, por prudencia ó temor, se cultivaran las ciencias naturales y la filosofía, siempre sospechadas. Sólo los teólogos escolásticos podían pensar y escribir, á condición de acatar las prescripciones de la dictadura intelectual ejercitada por los Cisneros y los Torquemada. La condición eclesiástica no fué un valladar á estos excesos: las persecuciones del Tribunal alcanzaron á Juan de Avilá, á Fray Luis de Granada, á Fray Luis de León, á San Juan de la Cruz, á Santa Teresa de Jesús, al arzobispo Carranza de Toledo, para citar lo inverosímil (1).

(1) «En el Index Librorum Expurgatorum del Arzobispo de Toledo é Inquisidor general D. Gaspar de Quiroga—Madrid, 1584—figura ya el libro de Vives

La inquisición no explica todo, sin embargo. Tuviéronla otros países que concurrieron al renacimiento de las ciencias y de la filosofía. Otras desgracias pesaron sobre la cultura peninsular.

La exclusión violenta de las poblaciones árabe y judía, tuvo mucha parte en la ruina material y cultural de España. La exaltación nacionalista traicionó los pactos de la rendición de Granada, sucediéndose las persecuciones y expulsiones de «infieles»; al violar las capitulaciones no se advertía que las artes y las ciencias, el trabajo y la filosofía, estaban en manos de las víctimas y se iban con ellas. Pagó España esta injusticia con un progresivo aumento de su in-

(Comentarios), como figura en los Indices posteriores al lado, de otros muchos, entre ellos «El examen de ingenios para las ciencias,» del Dr. Huarte de San Juan; la Guía de Pecadores, del venerable Fray Luis de Granada; el tratado de Sacra Philosophia, del Dr. Vallés; la Nueva filosofía de la naturaleza del hombre, de D.^a Oliva Sabuco de Nantes, y los nombres de humanistas como Marineo Siculo, Pedro Juan Núñez, Furio Ceriol, Arias Montano, el Dr. Laguna, el Brocense, Policiano, Sadoletto, Budeo, Erasmo, Faber, Dolet, Cordier, Cristobal Landino, Paulo Jovio, Pablo Mérula, Fulvia Morata, Pico de la Mirándola, Scaligero, Enrique Estéfano, Lorenzo Valla, Vida, Vossio, Casaubon, Turnebo, Gaspar Barthio, etc., etc., *Bonilla San Martín*; «Luis Vives», pág. 118.

cultura y su miseria, veladas al principio por el apogeo literario y político. Pero la grandeza de las letras no es duradera cuando en ellas se apaga el pensamiento, transformándose en manía conceptista ó culterana, que son acrobacias del estilo; y la grandeza de los imperios es simple retórica y hojalatería cuando un Carlos V y un Felipe II están reducidos á la miseria y gobiernan á una sociedad inmortalmente retratada en la novela picaresca: el más original y profundo género literario de España.

El régimen unitario instaurado por la teocracia castellana fué funesto para la cultura peninsular. España es, geográficamente (1) heterogénea y su población se compone de varios grupos sociales enteramente distintos; hoy mismo, después de cuatro siglos, coexisten en su territorio varias «naciones» de diversa mentalidad colectiva. Si en alguna parte el federalismo político debiera ser un resultado natural de las cosas, sería en España, lo mismo en la actualidad que en tiempo de los Reyes Católicos. El error unitario en la península federal produjo la ato-

(1) *E. H. del Villar* acaba de publicar un interesante estudio sobre «El factor geográfico y el gran problema de España», en la revista «Estudio», Barcelona, 1914.

nía y el decaimiento de muchos centros de cultura regionales, cuyos mejores ingenios fueron absorbidos por la centralización política en Toledo y Valladolid, las capitales castellanias.

Colmóse esta desgracia con la invención de Madrid por Felipe II. Al declarar «única corte» al pobre villorrio de entonces (2), atrajo los hombres más eminentes de la península á un centro puramente político, sin tradiciones de ciencia ni de cultura, propicio tan solo al florecimiento de la literatura, que ha sido siempre ocupación cortesana. Córdoba, Sevilla, Zaragoza, Barcelona, Valencia, Toledo, tenían en su historia un Séneca, un Isidoro, un Lulio, un Averroes, un Maimónides, un Vilanova, un Vives: todos los nombres ilustres en la filosofía peninsular, además de las academias árabes y judías, las de Traductores, las escuelas de isidorianos y de lulistas, un alma, en fin, en que todo no fuera el Cid y el Gran Capitán. Salamanca era ya famosa en el

(2) Cálculase que á principios del siglo XVI Madrid tenía 3.000 habitantes y muchas de esas ciudades, más de 200.000. En 1560 contábase entre 25.000 y 30.000. Hasta 1700 la «villa del oso y del madroño» tenía indiscutida reputación de ser la capital más pobre y desaseada de Europa. En 1750 no había variado mucho. Su embellecimiento data del último siglo, convertida ya en una ciudad moderna é interesante.

mundo católico; su universidad disminuyó de importancia. La que en Alcalá de Henares fundó Cisneros, y donde se emprendió la «Biblia Poliglota», acabó por ser trasplantada á Madrid. Zaragoza decayó desde el casamiento de su rey Fernando con Isabel de Castilla. La mitad de las ciudades, cuya masa de población era judía ó árabe, vinieron á menos con la expulsión de ellos. Todo, todo, corrió aguas abajo, todo cuanto podía nivelarse con la cultura científica y filosófica que el Humanismo despertaba en Europa. ¿Bastan á compensar esa pérdida el florecimiento literario, y las universidades fundadas sucesivamente en Sevilla, Alcalá, Granada, Valencia, Santiago, Baeza, Oviedo, etc.? No, y no. En primer lugar, porque muchas de esas universidades ya existían como escuelas y sólo cambiaron de nombre al acordárseles ciertos beneficios; en ellas se cultivaron la teología, el derecho, la historia y las letras, olvidándose las ciencias naturales y proscribiéndose toda filosofía que no se ajustara al escolasticismo, ya muerto en Europa. En segundo término, porque, con motivo de la guerra de sucesión, fueron clausuradas las más de las universidades cataluño-aragonesas, únicas que de los últimos siglos medioevales podían conservar una tradición propiamente filosófica (1).

(1) José M. Salaverría, en su artículo «Casticismo y

El descubrimiento de las Indias Occidentales influyó desfavorablemente sobre la cultura española. Hábitos de aventura y de parasitismo vinieron á complicar la perturbada megalomanía nacionalista, distrayendo del estudio y de la meditación, inconcebibles en hombres pobres y urgidos por el afán de dominio ó la sed de riquezas. Y fué para enloquecer á toda la nación aquella herencia bilateral que ponía en manos de un emperador alemán la corona de España (1516), sin que hubiera motivo para distinguir si tocaba á Carlos ser V de Alemania ó I de España. Sus cuarenta años de imperio fueron ofuscadores para la Europa entera; al abdicar le sucedió el trágico Felipe II, cuyo reinado señaló el apogeo político de la monarquía española (1556-1596).

Durante este rápido ascenso político, todo se combina para preparar la ruina de la nación: el unitarismo en lo político, la inquisición en lo cultural, la despoblación en la base árabe-judía del país, el parasitismo en lo colonial, el nacionalismo antieuropeo, el imperialismo teocrático.

Es indispensable mencionar esos hechos para comprender la unilateralidad mental de España

Modernismo» (La Nación, Abril, 1914), escribe en el mismo sentido.

durante esos siglos. Ha escrito Unamuno que en la península todo se vuelve literatura; verdad es, pero eso no prueba incapacidad filosófica, sino que el hábito de altos pensamientos se perdió por la dictadura espiritual de la teocracia. Mientras en Europa cundía el Humanismo con Erasmo, y la Reforma iniciada por Lutero, que consolidaron el principio del libre-examen, los católicos de la España oficial tornáronse suspicaces y absurdos, confabulándose reyes y obispos en el trágico enloquecimiento anticultural. Por nacionalismo se empieza á odiar al extranjero, hasta aislarse de la civilización europea (1); por fanatismo se llega á repudiar las ciencias como artimañas de herejes. El humanismo y las ciencias encarnan, como antes los moros, al doble enemigo de la patria y de la religión.

Todo lo que antecede es verdad; pero sería una verdad incompleta si no agregáramos que al lado de «la España negra», como la llama un escritor español, vive, palpita y lucha una España que quiere nivelarse con el Renacimiento europeo. En toda hora un anhelo subterráneo de cultura y de ideales nuevos vibra bajo la caparazón dogmática de la teocracia, buscando en

(1) Felipe II llegó á jactarse de preservar á España de todo «contagio intelectual» de Europa.

Europa lo que la Inquisición persigue y ahoga en la península. Un sentimiento de libertad y de rebelión suele asomar en cien herejías que brotan dentro de la península como reflejo del erasmismo ó el protestantismo, desafiando las hogueras del Santo Oficio; y asoma también en los moralistas y críticos, bajo cuyas declaraciones de ortodoxia se transparenta una justa inquietud ante las costumbres teocráticas; y es, en otros, indecisa emancipación espiritual que no sabe ajustarse á la teología católica ni á la protestante, como en Servet; y es voluntaria proscripción en el más eminente español, Luis Vives, que para anticiparse á los demás necesita vivir, pensar, enseñar, escribir y morir en Europa, sin que la España negra lo conozca ni lo reclame.

II.—LA ESCOLÁSTICA CATÓLICA

La segunda escolástica agoniza en Europa á principios del siglo XVI y no llega al XVII. En España cultívasela sin mayor lucimiento al principio, un tanto contrastada por la influencia de los erasmistas; á mediados del siglo reacciona contra el humanismo filosófico, y lo ahoga rápidamente, cuando la muerte de Carlos V y del arzobispo Fonseca dejan carta blanca á los teó-

logos del Santo Oficio. Durante los negros cuarenta años de Felipe II la reacción se acentúa, no desdenando ningún argumento siniestro, hasta dejar estéril toda semilla renacentista. Florece entonces, á fines del siglo, la llamada «escolástica católica» y tócale á la España teocrática la suerte de entregar á la Iglesia el sistema monumental del jesuita Francisco Suárez, hasta hoy respetado en ciertos medios eclesiásticos. El «suarismo» es la más genuina expresión cultural de la España teocrática; en ese sentido, es la más española de todas las filosofías cultivadas en la península. Después de la escolástica católica ningún filósofo original puede señalarse en España, frustrándose los esfuerzos por introducir algún sistema europeo, no obstante haberse ensayado todos. En el «suarismo» puso su alma la España católica: fué bandera y mortaja de su cultura filosófica, convertida en instrumento de la Contrarreforma. No exageró Don Emilio Castelar al escribir sus palabras inapelables: «España se ha suicidado por salvar el catolicismo.»

Los cardenales Torquemada y Cisneros parecieron alentar los estudios bíblicos; más tarde aparentó secundarlos el propio Felipe II. Ese hecho contrasta, sin duda, con el fanatismo reinante, máxime si se tiene en cuenta que la lec-

tura de la Biblia estaba severamente prohibida por esos tiempos; Carlos V necesitó un permiso especial para leerla, y solamente en francés. La escolástica usualmente cultivada era la peor, la primera escolástica europea; la introducción de la segunda motivó querellas durante el entero siglo XVI, siendo frecuentes las polémicas entre los partidarios del Aristóteles primitivo é incompleto, esencialmente logístico, y los del Aristóteles completo y renovado, más naturalista.

Los peripatéticos á la antigua, aplicaban su arte de disputar en el vacío á los más insolubles problemas teológicos y metafísicos, insensibles á toda influencia humanista. Representó esta tendencia el aragonés Gaspar Lax (1487-1560), profesor en la facultad de teología de la Sorbona, dialéctico insubstancial é impenitente sofista, autor de varias obras de lógica y teología que cuentan entre las más absurdas de su tiempo, y de algunos manuales escolares de aritmética, compilados según los peores métodos corrientes por entonces (1). En París le conoció

(1) «Tractatus exponibilium Propositionum», París, 1507; «De Syllogismis», París, 1509; «De Solubilibus e insolubilibus», París, 1511; «De Impositionibus», París, 1512; «De oppositionibus propositionum, etc.», París,

Vives, quien no tuvo deseos de continuar estudiando donde tan mal se enseñaba.

No quiere esto decir que en España nadie protestara ya contra esa degeneración de la escolástica; contemporáneamente á los escritos de Lax, escribió Alonso de Herrera, profesor en Alcalá, su meritisima «Breve disputa de ocho levas contra Aristótil y sus secuaces» (Salamanca, 1517), acometiendo á los «teólogos y escolásticos que escriben sin entenderse á sí mismos.»

Con la aparición del erasmismo parece exagerarse la suspicacia de los dominicos y de los franciscanos; alternan en el celo antiherético, hasta que un nuevo aliado viene á excederlos en su funesto misonerismo. Un militar aventurero, herido en 1521 en Pamplona colgó sus armas ante la virgen de Monserrat para agradecerle su curación y dedicóse al servicio de Cristo; fué así que Iñigo López de Recalde (1481-1556), conocido luego por Ignacio de Loyola y santificado en su oportunidad, fundó en 1540 la orden de los Jesuitas, destinada á ejercer poderosa influencia política y cultural en la teocracia española. Autor místico de significación muy exigua,

1512; «Arithmetica speculativa», París, 1515; «De proportionibus arithmetis», París, 1515; etc., etc. Destinados, casi todos, á la enseñanza.

se le atribuye el libro de «Ejercicios espirituales», regla de iniciación para los religiosos de la famosa Compañía.

Coincide la fundación de esta orden con la penetración del erasmismo y los primeros asomos de la reforma; contra ellos tuvieron mucho que hacer los jesuitas, amén de su participación activísima en las disputas entre la primera y la segunda escolásticas, más reñidas desde mediados del siglo.

Emprendiéronla contra Erasmo los teólogos reaccionarios. Fué, de todos, el más violento Diego López de Zúñiga, á cuyo nombre pueden asociarse los de Juan Maldonado, Juan Bonifacio, Antonio Rubio, Luis de Carvajal y Juan Gines de Sepúlveda, el más importante de todos (1); muchos simpatizantes con el humanismo volviéronse pronto en su contra, á la vez que algunos se convirtieron á las doctrinas que combatían, como Sancho Carranza de Miranda, hermano del perseguido Arzobispo de Toledo, Bartolomé Carranza.

La teología produjo algunos libros místicos sin particular mérito filosófico (2) y otros de sen-

(1) Sobre Sepúlveda hay una buena noticia de Haureau en el diccionario de *Franck*, que creemos inútil copiar ó glosar.

(2) Francisco de Osma. «Alfabeto espiritual»; Alon-

tido marcadamente aristotélico, fluctuantes entre la vieja escolástica y la nueva (1). Contra Luis Vives escribió Lorenzo de Villavicencio, cuyo «De Oeconomia Sacra» (1564) combate las ideas del ilustre valenciano en favor de una secularización de la caridad, considerada por él como una función de solidaridad social; Villavicencio sostiene, en esto como en todo, el monopolio ó la tutela de la iglesia, aunque en su «De recte formando theologiae studio», publicado en Amberes (1565), adviértese una marcada influencia erasmista.

Mayor originalidad y afán de renovación obsérvanse en los escritos de Sebastián Fox Morcillo (1528-1560), autor de varios tratados y comentarios, entre los que tiene singular interés el «De Naturæ Philosophiæ». Inspirado en lo fundamental por el naturalismo aristotélico, intenta conciliar las doctrinas del estagirita con las de Platón; pone en ello mucho ingenio, distinguiéndose entre los aristotélicos de su tiempo.

so de Orozco: «Espejo de la oración» y «Montaña de la contemplación»; Gutierro González: «La doctrina Cristiana», Luis Domingo de Alarcón: «El camino del cielo»; Alejo de Venegas: «Agonía del piso de la muerte»

(1) Francisco de Toledo: «Commentaria», «Physica auscultatione», etc. Alcalá, 1577; Fray Pedro de Oña: «Commentaria», etc., Alcalá, 1588.

En otros escritos censuró severamente á los dialécticos que olvidan la realidad al entregarse á juegos de palabras, sin por eso librarse él mismo de algunos resabios de lo que tan crudamente combatía.

Contra la dialéctica de los viejos escolásticos escribieron muchos aristotelistas modernizantes, más ó menos influenciados por el movimiento erasmista. En 1540 el benedictino Francisco Ruiz compuso un «Index locupletissimus in Aristóteles, etcétera», obra meritoria y muy citada en su tiempo. Gaspar Cardillo de Villalpando (1527-1581), profesor en Alcalá, publicó muchos «Comentarios» aristotélicos y una «Summa Summularum» usada como libro de texto en su Universidad. El docto humanista valenciano, erasmista y amigo de Alonso Valdés, Pedro Juan Núñez (1522-1602), mostróse muy innovador dentro del peripatetismo, pronunciándose con firmeza contra la dialéctica de los escolásticos y teólogos de entonces. También aristotelista antiescolástico muéstrase Francisco Vallés (1524-1592), profesor en Alcalá, dado á escribir con impecable obscuridad sobre la esencia de las cosas, la primera causa y análogos temas metafísicos; traductor, expositor y comentarista de Aristóteles, muéstrase en tal sentido más interesante y ejerció positiva influencia. Medio siglo más